

RELATOS

ISABEL ESCRIG

HAY
ALGO
BUENO

Relatos

ISABEL ESCRIG

Capítulo 1

Prólogo:

Algo que todos hemos vivido alguna vez dentro de nosotros mismos, independientemente de la nacionalidad, sexo, creencia o contexto cultural, es el sufrimiento.

Dentro de la propia existencia viene implícita esta dualidad vital; el mal y el bien. El dolor y la alegría. La paz y la guerra. Y tal vez, lo uno sin lo otro no tendría ninguna cabida o sentido. ¿O sí?

Todos, en nuestro más íntimo fuero interno, hemos palpado de diferentes maneras, la hondura de nuestros anhelos. Muchas veces el desasosiego de aquel que busca y no encuentra. La falta de respuestas. Una insondable soledad, y las profundas cicatrices que nos deja el desamor en todas sus vertientes. Buscando, tantas veces frágiles y volubles, cualquier fuente que aunque no colme, palíe esa sensación de soledad a la que en innumerables ocasiones no ponemos nombre.

Nos empuja una inercia, y es solo “parando” cuando observamos que aún “teniendo todo”, algo falla, algo falta, algo en la hondura de nuestras entrañas alberga un profundo hueco que nos acompaña toda la vida. Es posible que todo esto suene muy abstracto. Hablo de la sensación de vacío. Íntima y profunda. La tendencia es la huida de esta realidad. Y es inteligente, porque tal vez no haya respuesta. ¿O sí?

Hay demasiados pasos cansados, agotados. Y no por falta de recursos materiales, sino por falta de sentido vital, de lugar de descanso. Nos escandaliza que alguien acabe tirándose de un precipicio. Lo único que busco, de la manera más neutra posible, es que sin imponer nuestras verdades, nos preguntemos cuál es ese cansancio, esa terrible pesadez que trae el dolor más avasallador, aquellos matices que componen ese dolor humano, a veces tan misteriosos. Mirándome a mí, te puedo entender a ti. Mirándote a ti me puedo ver a mí. Este es el resumen de estos relatos, una visión del dolor desde mis ojos. Desde unos ojos mirando a otros.

SARA

Ella lo miró mientras este no se percataba. Y se preguntó la misma cuestión que llevaba dentro desde hacía muchísimo tiempo. ¿ Por qué seguía ahí ?

Cincuenta años de vida, treinta años con el hombre que un día amó. El máspreciado fruto de su matrimonio, su hijo Lucas.

Había perdido la cuenta de las ocasiones en las que había tenido un arrollador impulso de huir. De marcharse. De correr sin mirar atrás. Pero tenía dos grandes problemas, que no sabía de que huía exactamente, y que estaba profundamente asustada de enfrentarse a un mundo que desconocía.

Culpaba interiormente a su marido, diciéndose a si misma que todos los problemas de su frustración venían de ese hombre. Al cual tachaba de simple, cómodo e insustancial. Se reconfortaba a si misma dejándose llevar por fantasías extra maritales. En el silencio de su intimidad imaginaba de forma apasionada que un hombre astuto, altivo y con fortaleza física y psíquica la desnudaba apasionadamente mientras le susurraba al oído preciosas frases poéticas y sensuales. Tras volver a su realidad sentía un atisbo de culpa, pero para ella era muy atractivo despertar toda esa pasión frustrada con la excusa de que al final solo estaba dentro de su cabeza.

Y cada vez se distanciaba más (interiormente) de aquel hombre que un día amó. La vida se le quedaba hueca, chata, y ni el amor por su hijo podía colmar todos esos anhelos que no sabía desmembrar ni entender. Sentía que era una victima, que "alguien" le había impuesto una vida que no le hacía finalmente feliz. Y la culpa siempre recaía en su marido, en su hijo, en su trabajo, en todo aquello que estuviera fuera de ella misma.

Albergaba en ella una gran incapacidad de relacionarse con los demás desde la intimidad. Ya que al fin y al cabo, toda persona era una amenaza. Las relaciones sinceras te llevan a conocerte, el otro es muchas veces un espejo de ti mismo. Por lo tanto ella huía de ello, convirtiendo las relaciones en un juego retorcido de intereses con el fin de protegerse de su propio terror.

No sabía cuantos años llevaba viviendo de fantasías adolescentes, cuantos años llevaba mirando fuera de si misma. Ni cual era la razón por la que tanto le aterraba mirar dentro de sí. ¿ Qué era lo que tanto le asustaba? ¿ De qué estaba realmente cansada? ¿Por qué no podía dejar de verse como

una constante víctima de todo aquello que pasaba a su alrededor ?.

Solo buscaba rodearse de personas que alimentaran ese engañoso ego, que dieran veracidad a sus mentiras. Por lo que cada vez se alejaba más y más y más de si misma. Y paulatinamente dejó de diferenciar que era una fantasía y que era una realidad.

Y si algún día ella bajara "del burro" ¿ Quién le tendería la mano ?

RICARDO

Todavía era joven. Tenía por delante una exitosa carrera como abogado dentro del bufete de su padre. Siempre había sido un buen hijo. Responsable, constante y servicial.

Se había criado dentro de una familia cristiana evangélica, y uno de los pilares primordiales de su vida era la religión. Admiraba profundamente a su padre, y buscaba constantemente su aprobación, como aquel pájaro que puede arrastrarse buscando las migajas del pan sobrante. Su madre era afectuosa e inteligente. Muy dócil en relación con su padre. Ellos se amaban, a su manera se amaban.

Fue un niño especialmente sensible. Y demasiado pronto entendió que esa sensibilidad debía ser mal focalizada dentro de una apariencia de niño bueno y educado. Tal vez, como nunca dio problemas, nadie se percató de su gran sufrimiento.

Buscaba ser como su padre. Buscaba tener su firmeza, su autoridad y su aparente equilibrio emocional. Se juzgaba de "poco hombre", aunque esto no sabía como verbalizarlo. Vivía en una constante dualidad entre ser aquel hombre que le habían "dicho" que tenía que ser, y el hombre que era.

Con el tiempo esta dualidad le llevo a una profunda neurosis. Necesitaba incesantemente la aprobación de los demás, que todo el mundo viera lo bueno que era. El más bueno, el más creyente, el más entregado. Y sufría, sufría mucho.

Personificó a Dios en la figura paternal que conoció dentro de su núcleo familiar. Y con Él tenía la misma dinámica relacional, aunque cara al resto tuviera una retórica basada en la conversión y en el amor. Pero no, realmente en su interior tenía tatuado que "Dios me quiere porque soy bueno, porque debo de ser bueno".

Y queriendo ser el mejor cristiano, y sin querer hacer el mal, juzgaba en su interior a todo aquel que no tuviera su mismo disfraz. No entendía la

rebeldía, la duda existencial, la verdadera flaqueza interior humana.

Solo se relacionaba con personas que vivieran igual. El mismo pensamiento, la misma forma de vida y la misma conversación. Así que no había nada que le cuestionara, porque todo se adaptaba a su profunda necesidad de aprobación.

Y con los años esta neurosis se incrementó. Llegó al sacerdocio.

Y en su profunda soledad ¿Alguna vez vivió que siendo tal cual es, es digno del mayor amor?.

